

gular, sin precedentes, que debe surgir de lo propio, rescatando raíces y elementos descartados, desubicados, a fin de aportar algo “nuevo” a lo literario. En el caso de Malamud, se palpa la influencia de maestros del realismo popular yiddish del siglo XIX, aunque habría que añadir de inmediato que la obra de Malamud tiene, sin la menor duda, una voz enteramente propia.

Mientras que los personajes de Poe participan en un juego de espejos y espejismos, ya sea con angustia o, encubriendo ésta, de manera racional, y mientras que los de Anderson se encuentran dislocados irremediabilmente del ámbito al que se ven obligados a pertenecer, los personajes de Malamud dan muestras de que la integración lograda por el judío en la sociedad norteamericana induce un desfase consigo mismo. El personaje judeo-norteamericano, a decir de Sidney Richman, se encuentra ya “integrado con la sociedad, pero no integrado consigo mismo”, por lo que aquellos personajes malamu-deanos que logran “superar” su condición luchan “por establecer la unidad con algunos centros no reconocidos de su propia personalidad”. Es decir que las necesidades humanas de estos personajes trascienden el ámbito judío, con lo que el eje temático de Malamud se enclava en lo universal.

Si bien más de un siglo separa la obra de Poe y de Malamud —pasando, como especie de puente transitorio, por la de Anderson— la lectura contigua de estos autores y cuentos que ofrecen estos Materiales de Lectura reitera, por una parte, que el tiempo poco tiene que ver con esa capacidad que tiene el buen cuento, como dice Eudora Welty, de “revelar algo” a cada nueva lectura; por otra parte, pone de relieve interesantes variantes de la temática prevaleciente en la literatura norteamericana: la dicotomía individuo-sociedad y la dislocación entre el yo y el otro yo.

Claire JOYSMITH
Universidad Nacional Autónoma de México

Federico PATÁN, *En esta casa*. México, Fondo de Cultura Económica, 1987.

Federico Patán es ya un viejo maestro en el arte de las letras. Su primer libro de poesía, *Del oscuro canto* (Finisterre, México), data de 1965, y los ensayos que conforman el volumen titulado *Calas menores* fueron publicados por la UNAM en 1978. Ha habido desde entonces más poesía y más ensayos, amén de que todos conocemos su maestría

como traductor de literatura, evidente en publicaciones como *Seis cuentos norteamericanos de lo fantástico y lo extraordinario* (Signos, México, 1983), donde selecciona y traduce textos de Irving, Poe, Hawthorne, Melville, Bierce y James, con gran dominio del idioma y un claro buen gusto literario. En fechas más recientes, no contento con todo lo anterior, se ha puesto a escribir ficción en prosa, no sólo de excelente factura, sino abundante. Júzguelo el lector: en 1985, un primer libro de cuentos, *Nena, me llamo Walter*; en 1986, una novela, *Ultimo exilio*, premio Villaurrutia 1986; en 1987 aparece *En esta casa*, su segundo volumen de cuentos, que es, a mi manera de ver, todavía más interesante que el primero. Y se anuncia, para 1988, una antología (o más bien una auto-antología) en la que aparecen cuentos, ensayos y poesía (¿no será un poco demasiado pronto para antologías? el tiempo lo dirá...).

Los diez cuentos de *En esta casa* pasean por mundos y situaciones muy diversos, y pertenecen, por extraño que parezca, a diferentes tipos de literatura. La nota del editor que presenta el libro dice que estos cuentos son “piezas del rompecabezas con el que [Federico] intenta explicarse algunas condiciones del mundo”. Esa “explicación del mundo” se expresa en una prosa que inquieta al lector, lo va obligando a hacerse preguntas que tal vez nunca se le habían ocurrido antes, metiéndose en su interior y ocasionando un profundo, molesto desasosiego. No se crea que esto se dice en demérito del libro; todo lo contrario: siempre he creído que una de las características de la buena literatura es su capacidad de sacudirnos, de movernos el tapete, y eso es algo que ciertamente se logra en este libro.

De las demás características que conforman la narrativa de Federico Patán hablaremos al ir examinando brevemente cada uno de los relatos, tratando de ver en qué consiste esa inquietud constante, esa intranquilidad que van provocando en el lector.

En “Gianciotto”, bajo la apariencia de un cuento policiaco se esconde una complicación que va más allá de la mera anécdota misteriosa, del diario trabajo de un oscuro detective contratado simplemente para cumplir con el expediente y proporcionar las pruebas necesarias para un caso de divorcio. El único reparo que le pongo es que el lector se da cuenta demasiado pronto de los recovecos que están urdidos en la trama de la realidad. Lo que debió ser una sorpresa brusca, provocar un sobresalto ante lo inesperado, está preparado con tanta cautela que, desgraciadamente, se “vende” la historia antes de tiempo.

“Mañana de domingo y de ocio” es, para mí, el mejor de los textos de este libro, en que se desenvuelve una historia profundamente

angustiante, dentro de una cotidianeidad que va adquiriendo poco a poco tonos verdaderamente terroríficos. La vida diaria, tan “normal” que llega a resultar aburrida, se transforma paulatinamente, a través del minucioso relato del narrador, en un momento de una crueldad extrema, que es la culminación del relato y le da todo su sentido.

La confusión entre el sueño y la vigilancia es el tema central de “¿Con qué barro y en qué molde?” En un clima de ensoñación fantástica que resulta altamente atractivo, el mundo del sueño se va filtrando en el de la vida cotidiana. A pesar de las apariencias, lo que conocemos como “realidad” resulta ser demasiado permeable para defenderse de la invasión, de tal manera que, por medio de una serie de penetraciones constantes, los personajes pasan casi imperceptiblemente a formar parte de la *otra* vida, la que es expresión de sus deseos quizá no del todo inconscientes.

El humor irónico es la nota más característica de “Si filmara una película...”, en un ambiente fríamente urbano como el de buena parte de los cuentos de este libro. Humor que se acerca a los linderos de la fantasía, al tiempo que incita a reflexionar sobre el hecho paradójico de que, para los habitantes de nuestro mundo, los caminos que los acercan a la libertad no siempre son los que podríamos prever.

“Cortezas” permite una mirada a la conciencia y la sensibilidad de los adolescentes, tan poco comprendida por los adultos, incluso los que están más cerca de ellos. El ambiente es esperanzado y triste a la vez, y el desarrollo de la historia nos va llevando a los límites de lo fantástico, sin que falte la ironía característica (casi me atrevería a decir que indispensable) de la narrativa de Patán.

Con “Encarnación” nos vemos transportados a otro ámbito terrorífico esta vez, y francamente fantástico. Miedos ocultos de la adolescencia que cobran de pronto una realidad aterradora, vertiginosa, que habrá de llevar irremediablemente a la pérdida de la inocencia. El personaje de Encarnación nos remite forzosamente al de Caperucita Roja, pero con implicaciones y resabios que no podían estar más alejados de la literatura infantil.

La casualidad, o más bien el destino enmascarado de casualidad, es el tema de “Cruce de caminos”. Aquí la técnica de mezclar el recuerdo del pasado con la acción presente es harto interesante, y lo es también el tema, que aparece repetidas veces en la obra de Federico Patán, de la relación padre/hijo: dura, difícil, con deseos de cercanía que se resuelven en apartamiento definitivo. El azar de un encuentro, la conversación entre dos desconocidos en esa hermandad fortuita de la coinci-

dencia en un restorán de pueblo, son los elementos que desatan el recuerdo, y desatan también las fuerzas escondidas de la fatalidad.

En el relato que da título al libro, la irracionalidad y lo incomprendible de la burocracia dominante llegan al miedo, a una profunda depresión provocada por la impotencia, la imposibilidad del protagonista de rebelarse, de dar explicaciones, de entender por qué razones se le hostiga y se le habrá seguramente de castigar. El lector sabe que las causas del asunto son políticas, pero su comprensión de los mecanismos es tan insegura como la del protagonista. Kafka, claro, el Kafka de *El proceso*, está muy presente aquí, pero tiene las características propias de la prosa de Patán, y de una realidad muy nuestra, muy inmediata.

El orden, el orden total, que no admite ningún resquicio de diferencia, la simetría *per se*, sin explicaciones, dominan en "A la tercera va". La necesidad de orden es de tal magnitud que se impone en la vida del narrador, en una forma que, sentimos, será eterna. Lo extraño es que esa necesidad de orden es impuesta por otro, un desconocido, y que tampoco se dan explicaciones... Este relato pertenece al género más sutil de literatura fantástica, donde en un indudable homenaje a Borges, fantástico y absurdo se entrelazan, aunque sin salir del ámbito de lo aparentemente posible.

En esta casa termina con un cuento extraño y melancólico, "Niebla", cuyos personajes son otras tantas viñetas mínimas que se dibujan durante el espacio de uno de esos largos viajes en autobús por el campo, al compás de los cambios de paisaje en el camino, y en medio de la niebla que acaba por envolverlo todo, tan incierta como el futuro del protagonista.

La prosa de Federico Patán se va volviendo perceptiblemente más lisa, más fluida. En su primera novela, *Último exilio*, así como en *Nena, me llamo Walter*, se sentía todavía algo demasiado tenso, no una tiesura, pero sí como una voluntad consciente de que no se le escaparan las palabras, de no dejar que su lenguaje fuera demasiado libre, de no permitir en ningún momento que se le saliera de las manos. Y no es que en este libro se le escape, sino todo lo contrario: hay un control absoluto, pero ahora la factura es menos evidente, más ágil, no se le ven ya los hilos que, en los libros anteriores, a veces todavía se dejaban vislumbrar. Parece indudable que, con los cuentos de *En esta casa*, Federico Patán ya ha encontrado su auténtica voz de narrador.

Flora BOTTON-BURLÁ
Universidad Nacional Autónoma de México